

Fajardo Valenzuela, Diógenes. *Allí, donde el aire cambia el color de las cosas: ensayos sobre narrativa latinoamericana del siglo XX*. Bogotá; Escala 1999. 260 páginas.

...donde se ventila la vida como si fuera un murmullo...

El profesor Fajardo Valenzuela acaba de publicar un volumen en el que reúne once de sus ensayos sobre narrativa latinoamericana y cuyo título es un bello homenaje a Rulfo. En el medio académico colombiano pocas veces suelen reunirse en un libro de ensayos, bajo una sola firma, un vasto conocimiento del área, un sólido enfoque teórico, una actitud crítica, una insospechada intuición y una profunda sensibilidad estética.

Rico en contenidos, el trabajo nos invita a un recorrido por la narrativa latinoamericana que comienzan Macedonio y Arlt, pasa por Borges y Rulfo y remata en Posse y García Márquez. Este breve texto presentará algunos de los tópicos abordados por el libro, entre los que contamos el interés por la narrativa argentina, los procesos de ficcionalización y desmitificación en la historia, la literatura colombiana y las estrategias narrativas que buscan seducir al lector.

El trabajo comienza presentando un ensayo titulado "Los fundadores argentinos de la nueva novela hispanoamericana". Allí, a través de Macedonio Fernández y Roberto Arlt, se plantea cómo la narrativa de los años veinte solo fue plenamente valorada cuando en Latinoamérica se construyó un "nuevo tipo de lector para la narrativa vanguardista" (9) que descubrió y valoró el afán experimentador de los narradores argentinos que se afirmaron en el derecho de crear su propia realidad ficcional. En Macedonio se descubre, por ejemplo, "un manifiesto latinoamericano sobre la figura del lector, mucho antes de que se pusiera de moda la recepción estética" (11), en tanto que de Arlt se exhibe el sentido en el cual la ciudad latinoamericana entra, con él, en la narrativa, de suerte que ésta ya no es el espacio en que se desenvuelven los personajes, sino que se convierte en un "factor determinante en la creación de su sentimiento de frustración social y en la experiencia metafísica de la angustia" (14).

La preocupación por la literatura argentina obliga a Fajardo a pasar por Borges y ocuparse, en otro ensayo, de "Borges y la literatura china". Este, sin embargo, no es Borges sino el otro, el que lee "algunos textos en lenguas europeas sobre la cultura china" (25) y encuentra en el budismo y el *I Ching* una rica fuente para sus ficciones pues reconoce que ella abunda en prodigios. Aquí sucede que *Emma Zunz* y *El guardián de los libros* adquieren otro color, aquí *las ruinas circulares* hacen parte del budismo.

Entre Argentina y la nueva manera de ver la historia ubicamos otros dos ensayos: "Tres novelas de David Viñas: desmitificación de la historia" y "Procesos de (des)mitificación en *La novela de Perón* y *Santa Evita* de Tomás Eloy Martínez". De David Viñas se comenta el proceso de transformación de la

historia y la realidad argentina por medio de la escritura narrativa, hipótesis considerada en el contexto de las novelas *Cayó sobre su rostro*, *Los hombres de a caballo* y *Cuerpo a cuerpo* de suerte que al final se concluye que en Viñas “se aprecia la tendencia a presentar un continuo cambio de perspectiva que obliga al lector a indagar a menudo quién es el narrador y por medio de qué ojos focalizadores ve” (152). En el texto sobre Tomás Eloy Martínez el ensayista se pregunta por los procesos de construcción y (des)construcción de dos mitos, Perón y Evita, lo que le permite afirmar que “en estos textos ficticios no se pretende dar respuestas sino plantear aun más preguntas, particularmente sobre cómo se fue construyendo el mito y, a la vez, de cómo se dio y se da el proceso inverso, es decir, ‘de disolución de un repertorio simbólico institucionalizado’” (160).

El interés del profesor Fajardo por la historia encuentra en la novela de Abel Posse *Los perros del paraíso* otro objeto de estudio. El ensayo “La ficcionalización de la historia en *Los perros del paraíso*” revela las estrategias narrativas usadas para lograr la ficcionalización de la historia. Este ensayo presenta primero una buena síntesis de lo que ha sido el “creciente interés del escritor latinoamericano por responder al discurso ficticio de la historia con el discurso ficticio de la novela” (214), de manera que se logra mostrar que “la novela de Abel Posse permite llenar, por medio de la imaginación, de la invención, los vacíos que necesariamente ha dejado y ha creado la historia, en la consideración de nuestro pasado” (226). No deja de ser curioso que luego de ocuparse de las novelas de perfil histórico, en las que se busca el sentido de la desmitificación y la ficcionalización de la historia, pueda concluir que los novelistas han desembocado en obras que producen una “mitificación en sentido contrario al consagrado por la historia oficial” (227), de suerte que sus personajes “adquieren una dimensión que jamás han tenido en el discurso histórico” (227).

La mayor o menor consagración que hace la Historia de sus procesos y de sus protagonistas, halla en dos piezas de narrativa colombiana motivos de reflexión. “Amor en grupo” de Humberto Navarro y *Del amor y otros demonios* de García Márquez son los pretextos para dos nuevos ensayos.

En “La novela nadaísta: una búsqueda nueva” el profesor Fajardo se ocupa de la novela de Humberto Navarro y muestra cómo en el grupo de jóvenes colombianos que se autorrotularon como ‘nadaístas’ “la búsqueda de la Nada es una búsqueda de la divinidad que puede terminar en la experiencia mística o en la locura” (107), siendo estos dos caminos distintos para llegar a lo divino. El ensayista muestra la manera en que Sartre y Nietzsche perviven en el pensamiento nadaísta, así como la manera en que Dios adquiere plena vigencia para los jóvenes porque ha dejado de ser, como declaró Navarro, aquel “que se nos mostraba en una lámina barata” (118) o en un “cromito con expresión idiota” (118).

En relación con la novela de García Márquez, Fajardo presenta el ensayo “El mundo africano en *Del amor y otros demonios*” que inicia retomando las orientaciones que han tenido los juicios críticos sobre el drama de Sierva María y Cayetano. De un lado los críticos colombianos que, como casi siempre ante el Nobel, agachan la cabeza y se deshacen en elogios, de otro lado las apreciaciones de los extranjeros, menos favorables pero no por ello mejor logradas. Así, ante la “radicalización de las críticas” (235), Fajardo plantea un estudio detallado de la obra en el que se señalen sus características, para “luego sí poder decidir sobre su valor como literatura” (235). Desde esa perspectiva, el ensayista se propone “resaltar la presencia del mundo africano en la estructuración de la novela” (235), de suerte que se descubra en ella la rica y multifacética realidad colombiana, la riqueza de los esclavos en su oralidad, su imaginación y su poder de invención por la palabra en el proceso constante de seducción que hace la cultura afroamericana de una niña, de lo mejor de la cultura peninsular de un cura.

La preocupación por la seducción también es expuesta por el ensayista en aquellas estrategias narrativas en que lo fantástico y los juegos del lenguaje buscan atrapar al lector para aficionarlo, apasionarlo y volverlo adicto a la literatura, sin importar que quede adicto a ella, pero solitario de amor. En esta parte de la obra de Fajardo reunimos los ensayos sobre el arte fantástico en cinco novelas latinoamericanas, el trabajo sobre Guimaraes Rosa, el espléndido homenaje a Rulfo, y el texto sobre una novela de Cristina Peri Rossi.

El ensayo “El arte fantástico en cinco novelas latinoamericanas” promete estudiar el fenómeno en el marco de la teoría de Todorov para luego ocuparse de un grupo de ejemplos paradigmáticos: *Doña Bárbara*, *La última niebla*, *El reino de este mundo*, *Mulata de tal* y *El jaguar*. A nuestra manera de ver, sin embargo, el marco teórico es ampliamente superado llegando a concluir, entre otras cosas, que las novelas en mención presentan en forma peculiar “la relación realidad/irrealidad” (65), que en ellas lo fantástico surge “de la realidad misma” (65), que lo fantástico es “una manera de leer” (65) y que en las novelas se niega “la oposición entre lo real y lo irreal, haciendo coexistir lo que no puede encontrarse reunido y manifestando lo fantasmal que la realidad americana encierra en su esencia” (66).

El trabajo sobre el autor brasileño se titula “Los prólogos de *Tutaméia* y su relación con algunas estórias”. Aquí, al centrar el interés en la relación enunciada por el título del ensayo, se descubren varias cosas: las *estórias* más que historias son anécdotas entendidas como chismes; en el proceso de contar esas *estórias* es decisiva la creación de neologismos; clave en la narración es la función de la perspectiva y los efectos que produce una diferente percepción; y, finalmente, es decisiva la relación entre la realidad y la apariencia.

Esa relación entre realidad y apariencia resulta decisiva para entender la “creación de un entorno literario de lo órfico” (3) en el ensayo sobre el Rulfo

que se titula “*Pedro Páramo o la inmortalidad del espacio*”. Aquí el ensayista busca re-crear el “espacio literario captado por la imaginación, por medio de imágenes míticas, mágicas, líricas, irracionales” (83). Las descripciones de Comala, las desventuras amorosas de Pedro, Susana o Juan, la pérdida de un paraíso soñado, el encuentro con los muertos y el rencor como lo único que permanece vivo, sirven al ensayista para mostrar que en la medida en que se lee se “construye un espacio interior, psicológico” (99) y se “escapa de la linealidad del tiempo” (99), de suerte que podemos concluir que con Rulfo, como diría Juan Preciado, se nos ha “formado un mundo alrededor de la esperanza” (86).

El ensayo sobre la novela *Solitario de amor* de Cristina Peri Rossi se titula “¿Adicto a ella pero *Solitario de amor*?”; en él se descubre un ‘yo’, “aficionado por una mujer, que vive una pasión de amor en soledad” (191). El texto evalúa la función estructural de sueños y encuentros eróticos en que ella evoca la casa y la función materna, en tanto que él evoca la llave como imagen fálica. Con base en la relación casa/madre, el autor propone un posible esquema en que el anónimo personaje masculino es el hombre/hijo que establece una relación incestuosa con Aída que es mujer/madre. Fruto del análisis propuesto, Fajardo concluye que la novelista uruguaya hace que “el victimario se convierta en la víctima de la pasión, de la pasividad y, en suma, de la dependencia de otro ser, hecho que, necesariamente, conlleva la negación y anulación del propio ‘yo’” (205).

Sobrados méritos reúne el libro de Fajardo Valenzuela. En él está presente el rigor y la trayectoria del académico, la claridad del maestro y la sencillez del profesor de manera que el resultado más que unas cuantas lecciones sobre literatura, propone un buen ejemplo de las tareas cumplidas y que habrá de cumplir el estudioso de las letras pues en sus ensayos se entiende por qué, como comentó Eco: “lo que verdaderamente ha llegado a ser una obra sólo puede ser explicado por la crítica, como narración de una experiencia lectora” (*La Estructura Ausente*, 169).

Es esa experiencia de buen lector la que deambula por todo el libro y la que tiene su mejor expresión en una constante preocupación por el lector, preocupación que no se limita a la referencia a tal o cual teoría, sino que se expresa en el rigor y en el deseo de orientar no una sino múltiples lecturas. El libro, dedicado a quienes por generaciones han sido sus alumnos y sus discípulos, se constituirá, estamos seguros, en pieza clave para los estudios literarios hispanoamericanos pues en él se descubre “al verdadero literato, a aquel que sí se interesa por percibir la belleza de la luna o del sol, aunque jamás escriba un poema” (40).

Hugo Hernán Ramírez Sierra

Investigador

Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales – CIPE

Universidad Externado de Colombia